

# La pizarra nueva

Lourdes Boigues

Todo el mundo sabe que el inicio de curso es duro. Volver a las aulas después de un verano maravilloso puede resultar traumático ¿verdad? Y nos preguntamos cómo puede ser que haya pasado el verano tan rápidamente y por qué nadie ha inventado una máquina para manipular el tiempo a nuestro gusto.

Pues en esto estaba pensando Toni aquella mañana cuando caminaba detrás de su madre hacia el colegio. La mochila le pesaba como si estuviera llena de piedras, tenía sueño y, por culpa de los nervios, no había podido tomarse el vaso de leche, así pues sus tripas protestaban como un coro de grillos.

—¡Date prisa, Toni! Llegaremos tarde el primer día —lo riñó su madre.

—Si no hubiéramos pasado por la guardería ya estaríamos en el colegio...

La gemelas habían montado el numerito en la puerta de la guardería, no querían soltar las manos de su madre y la maestra tuvo que cantarles todo el repertorio de canciones infantiles y sobornarlas con chuches.

—O si me hubieras dejado ir solo...

—No empecemos, Toni. Este año tampoco irás solo a la escuela ¿de acuerdo? Te acompañaré yo.

—¡Pero si ya tengo 9 años!

Cuando por fin divisaron las puertas del colegio, Toni sintió ganas de huir. Pero su madre le cogió por un hombro clavándole los dedos en la carne como si fuera una garra de bruja.

—¡Ay, qué repeinado vienes, Tóni! —le dijo una mujer melosa dándole un pellizco en la mejilla derecha.

—Pues tu hija va muy mona, con esa faldita y ese jersey tan cuco —exclamó la madre de Toni relajando la presión sobre el hombro de su hijo. Toni no sabía qué le dolía más, si el hombro o la mejilla.

La niña de la faldita y el jersey monísimo era Laia, una compañera. No había más que mirarla para saber la gracia que le hacía su atuendo. Los dos niños se entendieron a la perfección.

Mientras sus madres parlotaban alegremente sobre cómo habían ido las vacaciones, los niños aprovecharon para escabullirse y unirse al grupo de compañeros de clase.

—¿Sabéis que este curso tenemos a la misma profesora? —preguntó Sofía, una niña de cara redonda y gafas más redondas todavía.

—Sí y estaremos en la misma aula —añadió Lluç muy desilusionado.

—En resumen, ninguna sorpresa —resopló Toni.

—¡Cuánta diversión! —se quejó Laia.

Pero sí que les esperaba una sorpresa. El aula no tenía pizarra. Mientras se sentaban desordenadamente (cada uno donde le apetecía, que para eso era el primer día de clase), observaron la pared vacía.

—No os alarméis, chicos —explicó la profe—. Hoy mismo traerán la pizarra nueva.

¡Ah, era eso! El año pasado estaba vieja y estropeada. Por lo menos, ahora, les quedaba la ilusión de estrenar pizarra.

Al cabo de pocos minutos, alguien llamó a la puerta. Los alumnos giraron la cabeza todos al mismo tiempo. «Adelante», dijo la señorita Elvira y la puerta se abrió lentamente, con un leve chirrido. Entonces entró un personaje muy curioso.

Toni observaba al recién llegado con la boca abierta. Vestido con un mono descolorido, detrás, en la espalda lucía unas letras plateadas que decían: «Material escolar Lupwitz». El hombre parecía acalorado y se quitó la gorra para secarse el sudor; su cráneo calvo brillaba tanto como las letras en su espalda.

—¿Es aquí donde necesitan una pizarra nueva? —preguntó con voz musical.

—Sí, efectivamente —respondió la señorita.

—Muy bien, ¡chicos, entrad! —gritó el recién llegado y aparecieron tres operarios vestidos con la misma ropa descolorida.

Los ayudantes eran bajitos, casi más que los niños de la clase. Levaban un paquete protegido con capas y más capas de papel. Toni creía que nunca acabarían de sacar la pizarra. Pero al fin apareció el panel y todos le dedicaron un ¡oh! de sorpresa.

La pizarra era enorme, de color violeta y tenía un bonito marco de cristal.

—Creo que se han equivocado —aclaró la señorita Elvira poniendo unos ojos como pla-

tos—. Es que en el colegio no utilizamos este tipo de pizarras.

—Señora, yo cumplo órdenes. La pizarra se quedará aquí mientras no me demuestren que no la han pedido —declaró con solemnidad el hombre calvo.

Dicho esto, los ayudantes la colocaron con una rapidez increíble, moviéndose con gran agilidad. «O la pizarra es muy ligera, o estos enanos son unos forzudos», pensó Toni, alucinado.

Cuando la tarea estuvo terminada, el hombre hizo que la señorita firmara la factura y, junto a sus operarios, desapareció en un suspiro.

—Esperadme, chicos —ordenó la maestra sin saber qué hacer con la factura que era un pergamino larguísimo.

La primera en levantarse de la silla fue Laia. Se acercó a la pizarra y la observó con desconfianza. El panel era tan enorme que ocupaba toda la pared. El cristal del marco reflejaba los colores de su ropa multiplicados por mil. Laia se retiró bruscamente.

—Compañeros, eso no es una pizarra —anunció—. Es una pantalla a través de la que nos espían.

—¿Quién nos espía? —preguntó Toni, incrédulo.

—Los profesores, o tal vez nuestros padres.

Los compañeros pegaron un bote y se encogieron en los asientos, asustados.

—No me lo creo —negó Toni, haciéndose el valiente—. Es imposible.

Entonces pasó el dedo por la lisa superficie y un rastro plateado quedó marcado en la pizarra. El jaleo fue considerable. Envalentonados por la osadía de Toni, todos se levantaron a examinar el panel. Pronto, la nueva pizarra se llenó de dibujos plateados hechos con los dedos de los niños.

Toni estaba maravillado. ¡Qué curso les esperaba! Serían la envidia del resto de la escuela. Entonces se apoyó sobre la pizarra, justo donde Laia había di-

bujado un árbol. De forma instantánea se sintió transportado a un viaje vertiginoso.

Toni se encontraba entre las ramas de un frondoso manzano. Podía oler el aroma penetrante de las manzanas, rojas como la sangre. Cogió una y le dio un mordisco. Estaba deliciosa. Su estómago vacío lo agradeció. Apartó el ramaje y pudo contemplar un bosque de árboles frutales a su alrededor. Admiró el contraste de colores: las hojas verdes y brillantes, las naranjas, los limones dorados, los melocotones de piel suave como el terciopelo... y, al fondo, se escuchaba el chorro de una fuente. De pronto, tuvo ganas de beber e intentó bajar del manzano.

Pero nunca llegó a la fuente, porque en realidad había regresado al aula. Probablemente, sus compañeros habían tenido experiencias similares puesto que estaban gritando de placer. Incluso, uno de ellos estaba explicando que había visitado un barco pirata.

Entonces entraron el hombre calvo y sus ayudantes. Ordenaron a los niños que se apartaran y descolgaron la pizarra.

—¡Eh, no se la pueden llevar! —se quejó Laia—. Es nuestra.

—Lo siento, pequeña, nos hemos equivocado de colegio.

—¿Y a qué escuela se la llevan? —quiso saber Toni.

—No estoy autorizado a decirlo. Secreto profesional —dijo el hombre con gran solemnidad.

Los ayudantes recogieron los papeles del suelo y cargaron la pizarra sobre sus hombros como si fuera una pluma. Desfilando con disciplina, salieron por la puerta y dejaron atrás a los alumnos de 4º de Primaria con un palmo de narices.

Así los encontró la señorita Elvira, que venía acompañada del director de colegio. Los niños trataron de explicar qué había pasado, pero lo hicieron de tal manera que el director pensó que querían gastarle una broma.

Cuando Toni miró por la ventana, todavía pudo ver cómo se alejaba una furgoneta de color violeta con grandes letras plateadas: «Material escolar Lupwitz».

En casa, nadie creyó aquella historia, excepto las gemelas de 2 años. Su padre buscó en las Páginas Amarillas la empresa Lupwitz y no la encontró. Así que le pidió a Toni que no hablara más del tema, que lo había soñado.

Por supuesto, Toni calló, pero sabía que no había soñado lo ocurrido. Ni él ni sus compañeros. Y mucho menos la señorita Elvira, que aún guarda la factura apergaminada de la pizarra.